

EducarCNOS

Nº 57-58. II época. 1-2 (2012)

Caso abierto (A.Corradi) **Lo Oficial** (G. Pecorini) **El Eje** (J.L.Corzo) **Herramientas** (A.Corradi) **Para Beber** (A.Corradi) **Hacen Caso** (N.Vecchio, O.Pivetta, P.Segalés) **caja baja** (E.Sánchez, Redacción)



DENTRO DE
BARBIANA

<http://www.amigosmilani.es>


GRUPO MILANI



Nº 57-58 (II época). 1-2 (2012)

ÍNDICE

Editorial 2**Caso abierto:** *(Desde el primer día)*, Adele Corradi (Florenia).....3**Lo Oficial:** ...*Por fin encontramos una profesora...*, Giorgio Pecorini (Volterra, Siena).....5**El Eje:** *El libro "Non so se don Lorenzo"*, José Luis Corzo (M).....9**Herramientas:** *Dentro de Barbiana*, Adele Corradi.....11**Para Beber:** *El Evangelio en Barbiana y Marcello Alpi*, Adele Corradi.....19**Hacen caso:** *Vivir en Barbiana despierto y en la superficie*, Nello Vecchio (Palermo)..... 23
Historia de Adele, la profesora que siguió a Don Milani en la "buena batalla", Oreste Pivetta (Roma)..... 25
Carta a una maestra desde Méjico, Pepe Segalés..... 26**caja baja:** *La lealtad de la escuela pública*, Elena Sánchez (M)28
Próxima asamblea del MEM y dos Talleres (CO y M) 28**Ilustraciones:** *Álvaro García Miguel (Coca, SG) y fotos varias.*

Dentro de Barbiana todavía se puede entrar, casi como en un museo delicioso en pleno campo, y visitar aquella rara escuela de pobres chicos y chicas de montaña, que funcionó de 1955 a 1967. Casi todo sigue igual junto al diminuto cementerio donde reposa Milani. Sus exalumnos, horrorizados durante muchos años ante la idea de un museo, han terminado por poner un poco de orden y proteger lugares y enseres. Y han ideado un recorrido didáctico para ayudar a grandes y pequeños a recuperar aquella historia y a sacar conclusiones para la escuela actual. Todo muy bonito –en aquel paraje sugestivo– pero ¡muy difícil!, porque la vida no se deja atrapar y lo que allí educaba, juntos, a adultos y chavales, era la trama de relaciones con lo otro, con los otros y hasta con el absolutamente Otro.

Adele Corradi vivió aquello del 63 al 67 y, ahora, a sus 87 años (sólo según el Registro civil), acaba de publicar el único libro de su vida. Y ha conmocionado la imagen de aquel extraño cura, maestro y ciudadano, tan famoso en Italia. Ha descolocado incluso a muchos exalumnos, porque no aporta nuevas noticias, ni siquiera intimidades, ni una nueva interpretación. Simplemente, habla y se implica desde dentro de Barbiana, y deja ver la trama, única, de relaciones mutuas. Y lo más apasionante es que cada episodio –como un símbolo vivo– arrastra al lector más allá de lo que lee, y le enrola.

Educar(NOS) sólo ha traducido 15 de los 71 recuerdos de este libro tan singular que, desde febrero 2012, ocupa a los grandes periódicos italianos, y que ya ha recibido un premio literario, *lo Straniero* (de Santarcangelo, Rímini), porque, si todos coinciden, es en la eficaz belleza de su escritura. Adele la atribuye a la técnica barbiana de *escritura colectiva*, a la que dedicará –con ella en Roma– una sesión pública el actual Ministerio (técnico, no político) de Instrucción Pública, el 26 de junio (45º de la muerte de Milani).

Los de Educar(NOS) somos muy amigos de esta mujer excepcional que vivió un curso completo (1977-78) en la Casa-escuela Santiago Uno de Salamanca. A sólo 9 años de la muerte de Milani, había dicho a la revista *Vida Nueva*: “no se debe hablar tanto de Don Milani. Sus alumnos han llegado a esa conclusión al comprobar que, después de muerto, le ensalzan y le alaban los burgueses y los intelectuales como a uno más de los suyos, por méritos de ‘dedicación a los pobres’. Y esto significa tergiversar completamente su figura”. ¿Qué la habrá hecho cambiar?

Tal vez, la caricatura forjada en 45 años (o la momia), por mirar el dedo y no lo que apunta. Lo difícil era entrar dentro.

<http://www.amigosmilani.es>

Edita: MEM
(Movimiento de renovación pedagógica de Educadores Milanianos).
C/ Santiago nº1,
37008 Salamanca.

Tfnos.: 923 22 88 22,
91 402 62 78

Buzón electrónico:
grupomilani@movistar.es

Director: J.L. Corzo.

Consejo de redacción:
A. Díez, Tomás Santiago,
J.L. Veredas.

Maquetación:
Estudio Gráfico Moyano

Gestión y distribución:

J.L. Veredas.

Imprime: Kadmos (Salamanca) en
papel reciclado.

Depósito Legal:
S-397-1998.
ISSN: 1575-197X

Suscripción 2 años: 24 €

Número suelto: 3 €

Una de la primeras páginas de *No sé si don Milani* muestra una primera diferencia entre aquella escuela de Barbiana y las nuestras, pero no es fácil explicarlo, hay que verlo... y en más de una escena. El título es nuestro, porque la autora no pone ninguno...

(DESDE EL PRIMER DÍA)

Adele Corradi, Florencia
(traducción de José Miguel Castelo)

C
A
S
O

a
b
i
e
r
t
o



Adele junto a don Milani en el aula de Barbiana leyendo el correo y el periódico.

A l día siguiente, lunes 30 de septiembre [1963], me presenté en la escuela [de enseñanza media] donde por fin iba a tener mi plaza como profesora titular.

No me dieron más que un grupo con sólo 16 horas semanales por la mañana. Dos tardes de repastos completaban mi horario. Me tocaba pasar dos días enteros en Castelfiorentino, pero me ahorra dos días libres completos por semana. Así que aquellos dos días me sirvieron naturalmente para ir a Barbiana. Y precisamente el martes primero de octubre me tocaba día libre.

Llegué allí arriba muy de mañana, pero cuando entré ya habían empezado la clase. Un muchacho me acercó una silla en silencio y en silencio me senté. Creo que ni siquiera dije buenos días. Trataba de molestar lo menos posible.

Don Lorenzo siguió hablando, pero un poco después se giró hacia mí que estaba sentada a su lado. Esta vez no acompañaba a nadie y sólo había pasado un día desde mi primera visita. Por eso tuvo que pensar, y con razón, que habría ido allí por algún motivo especial. Me preguntó abiertamente por qué había vuelto y si tenía algo que preguntar.

Ya sabían que yo era una profesora y pude responder sin preámbulos que estaba allí para saber cómo hacían para aprender a escribir en italiano. Era el problema que me preocupaba más, entre los muchos que se me presentaban en la escuela. Don Lorenzo no mostró extrañeza y me respondió que era afortunada. Estaban empezando precisamente aquel día un ejercicio muy especial: la “escritura colectiva”.

Los chicos de Barbiana se habían puesto de acuerdo con los de la escuela elemental de Piadena para cruzarse algunas cartas y la escritura colectiva servía para hacer juntos la primera de aquellas cartas. Cada muchacho había escrito alguna cosa y en el momento de mi llegada leían en voz alta lo que cada uno había escrito y “se troceaba”.

Pero de repente el trabajo fue interrumpido por una fuerte discusión. Se buscaba al responsable de no sé qué fechoría. La fechoría había sido denunciada por quien la había descubierto, pero nadie denunciaba al culpable. Don Lorenzo lo preguntaba muy enfadado, casi gritando, y llamaba bellacos a los chicos, que seguían guardando silencio sentados en sus bancos. Se continuó la clase sin que el culpable hubiera sido descubierto.

Yo estaba asombrada. Si alguno de mis alumnos me hubiera venido como un espía con un *chivatazo* le habría tratado muy mal. No dije nada, sin embargo, en aquel momento, pero lo hice cuando, a media mañana, hubo una interrupción de diez minutos y todos salieron de la clase excepto don Lorenzo y yo.

Entonces le pregunté cómo pretendía que sus alumnos denunciaran a un compañero, añadiendo que yo me enfadaba muchísimo precisamente cuando alguno lo hacía. Don Lorenzo no me respondió. Daba la impresión de reflexionar, pero enseguida volvieron a entrar todos y cuando de nuevo estuvieron alrededor sentados en sus grandes mesas llegó la respuesta a mis dudas. No se había tomado el tiempo para reflexionar, sólo había esperado a tener delante a los chicos.

“Esta pesada”, dijo (pero sonreía), “quiere saber por qué me he enfadado con vosotros hace un momento. Me ha explicado que ella se enfada cuando sus alumnos hacen de espías. No sabe que su escuela es distinta de la mía.

Hacen bien sus chicos en no *chivarse*, porque ella es un enemigo y, callándose, defienden a un compañero del enemigo. Aquí,” añadió dirigiéndose a mí, “los chicos saben muy bien que yo soy un amigo. Si se callan, traicionan a un amigo”

(*Non so se don Lorenzo, pag. 16-18*)

NOTA de la autora en un coloquio el 8.6.2002 *

“No es que me dedicara a visitar escuelas, círculos, o ambientes religiosos, pero Barbiana me pareció una escuela absolutamente laica. Tan es así, que tiempo después de subir allí arriba, le hice una pregunta a Don Milani que, ahora que lo pienso, me pregunto cómo tuve el valor de hacérsela; el caso es que me entendió. Le pregunté esto: “Don Lorenzo ¿le puede suceder a un misionero, que a la vez es médico, que al ir a África coja tal entusiasmo por la medicina que anteponga la medicina a su ser misionero?” Prácticamente le preguntaba si no era demasiado laica su escuela y si no se había olvidado de “hacer de cura”. En aquel momento me parecía que allí se acababa por enseñar sólo lengua y nada de “religioso”. Repito que, cuando hacía esta pregunta mi conocimiento de la escuela de Barbiana era muy relativo, porque subía allí dos o tres veces por semana puesto que aún no me había establecido allí arriba. Pero don Milani no me reprochó mi conocimiento, aunque fuera superficial, de su escuela; me escuchó atentamente y me respondió: “aquí se enseña la palabra. Hay algo de religioso en esto, no es posible alejarse mucho. También en el Evangelio Jesús es llamado Palabra”. La verdad es que no me acuerdo de sus palabras precisas, de sus frases exactas, pero el sentido del razonamiento era ese. El hecho es que, a primera vista, la escuela aparecía, como ya he dicho, absolutamente laica. Después, viviendo allí día tras día, me he dado cuenta de que en cada lección se veían raíces religiosas. Naturalmente no en las lecciones de álgebra. Y lo digo porque una vez vinieron unos seminaristas instruidos y abiertos y dijeron: “usted don Lorenzo hace la Comunión hasta cuando enseña álgebra”. En aquella ocasión don Lorenzo se enfadó. “Esto son juegos de palabras, dijo, la Comunión es una cosa y otra el álgebra”. ■

* B. Becchi, *Lassù a Barbiana ieri e oggi* (Polistampa, Florencia 2004) 259.

Hoy tomamos como oficial el punto de vista de uno de los mejores conocedores de don Milani. Periodista y, más que octogenario, muy lúcido insiste, desde que conoció a don Milani en 1958, en legitimar una interpretación laica de su figura, contra los diversos intentos de reintegrar al cura *íncmodo* en la iglesia piadosa de hoy, y en recuperar los documentos originales

...Por fin encontramos una maestra

*Giorgio Pecorini, periodista
Volterra (Siena)
(traducción de José Miguel Castelo)*

Don Lorenzo Milani: a casi medio siglo de su muerte (26 de junio de 1967, un mes y un día después de haber cumplido los 44 años) pocos saben, al menos con una aproximación suficiente, quién era en realidad y qué hizo y dijo verdaderamente en los 44 intensos años de su corta vida de, por supuesto, cura, pero también de hombre, de ciudadano, de maestro. En compensación, muchísimos lo citan a ojo y lo usan sin fundamento para reforzar sus propias ideas y llevar el agua al molino de sus propios intereses políticos y/o culturales. Hay, en suma, una gran confusión, favorecida por la aparición intermitente de pequeños textos fragmentarios incontrolables, por la inaccesibilidad de tantos manuscritos o documentos, por la mezcla de anécdotas no verificadas y de citas incompletas casi nunca referidas a fuentes fidedignas y verificables. Transcripciones diferentes de un mismo texto. Nombres omitidos o cambiados. Palabras aproximadas o distorsionadas por la dificultad de descifrar el manuscrito o por exceso de prudencia, o por simple torpeza. Cosas que prolongan la imposibilidad de imprimir ediciones orgánicas críticas o fiables de todos los escritos. Incluso que manipulan u ocultan las pocas que existen.

El resultado es un florecer de baratijas, entre escuálido y patético, en libros, cuadernos y opúsculos que se amontonan en las librerías hasta aplastar los escasos estudios serios. Aparte la carencia más absoluta de estilo en artículos de revista y prensa, sin olvidar la radio, la televisión, los comicios y hasta los discursos del parlamento. Un triunfante festival de la confusión.

El problema está en que no existe un tamiz, falta una brújula para orientarse, una guía de

la que poderse fiar para lecturas acertadas y valoraciones honestas. Falta ese trabajo científico preciso, y al mismo tiempo afectuoso, pero sin afán de restauración, que sólo será posible con todos los materiales existentes en la mano: manuscritos, grabaciones, apuntes de proyectos y bocetos de vida y de trabajo.

Es el clásico problema de cualquier herencia ética y cultural: las dudas, los retrasos, las desconfianzas, las envidias de los herederos directos e indirectos de un pensamiento y de una acción que no pueden quedarse en la memoria individual privada, que no soportan la exclusividad, que rechazan las apropiaciones. Pero con un Milani cura y, al mismo tiempo, hombre, ciudadano y maestro a su manera, el problema se complica y se multiplica: su herencia se reparte entre clérigos y laicos, creyentes y ateos, intelectuales y analfabetos, descubridores póstumos y testigos supervivientes. Y estos últimos, en vías de extinción —con la ayuda del Registro civil—, tienen también la obligación de verbalizar todo lo que saben: Adele Corradi, por ejemplo.

Quien, mucho o poco, bien o mal, sepa ya algo de don Lorenzo Milani y trate de saber más, y quien se le acerque ahora por primera vez con alguna curiosidad, no tiene más remedio que cruzarse con el nombre de Adele Corradi: pero ella ¿quién es?

Adele Corradi es hoy una profesora anciana jubilada. Nació en Florencia en 1924 (un año después que Don Lorenzo Milani) en una familia de la buena burguesía. Del colegio al instituto, en escuelas públicas mediocres, sin ningún mentor. Licenciada tardía en Letras y una oposición en los años cincuenta; con un rosario de suplencias en colegios nacio-

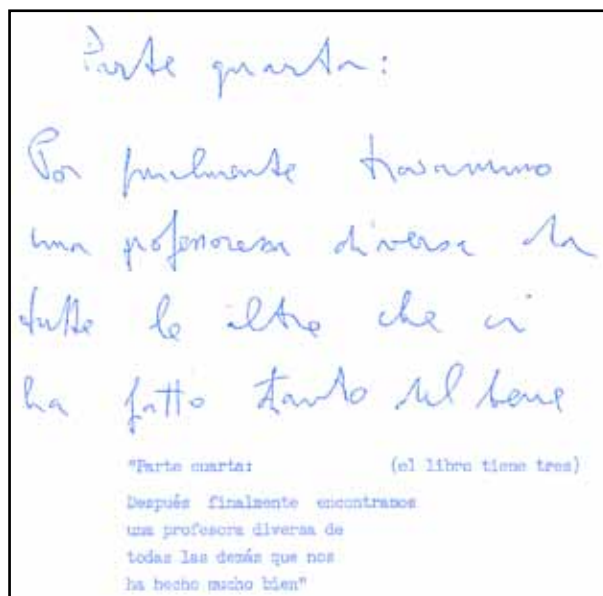
LOFFICIAL

nales o habilitados de la periferia florentina hasta 1963: año de su giro y el del país.

Fue en 1963 cuando llegaron, a Italia, (con quince años de retraso sobre la Constitución) la prolongación de la escuela media obligatoria y única [hasta los 14 años] y, a Adele Corradi, su plaza (traslado desde la provisional de Pozzolatice, en Imprunetta, a la fija de Castelfiorentino). Desde allí, el 29 de septiembre, al poco de su nombramiento y la víspera de su toma

de posesión, sube por primera vez a Barbiana con una joven colega que de vez en cuando iba allí: de oídas había intuido que se ponían en práctica los presupuestos culturales y éticos sobre los que —en teoría— se basaba la nueva institución escolar: “*remover los obstáculos culturales y sociales que —limitando de hecho la libertad y la igualdad de los ciudadanos— impiden el pleno desarrollo de la persona humana y la efectiva participación de todos los trabajadores en la organización política, económica y social del país*” (artículo 3° de la Constitución). Así fue como se le iluminó la mente y cambió su vida: admitida sin examen, caso único en aquella comunidad educativa y autoeducativa, ya no se alejó más, aun permaneciendo siempre en la escuela pública estatal.

Durante todo el curso 63-64, hizo ida y vuelta desde Castelfiorentino, 40 Km al suroeste de Florencia, hasta Barbiana, que dista lo mismo pero al otro lado, al nordeste. El año siguiente consiguió que la trasladaran a la escuela media estatal de Borgo San Lorenzo: a sólo 15 Km de Barbiana.



Poco después, obligado Don Lorenzo por el agravamiento de su dolencia (enfermedad de Hodgkin) a frecuentes ingresos en Florencia para análisis y curas, Adele alquiló una habitación en una casa cerca de la casa parroquial: así podía dedicar todo el tiempo que le quedaba libre de su horario en la pública de Borgo, al trabajo y a la vida de aquella otra escuela privada en Barbiana. Y allí permaneció dos años después de la muerte de don Milani, hasta que las últimas familias que soportaban aquel desierto se fueron: la carretera seguía siendo la misma que ellos habían abierto y que cada vez que llovía quedaba inutilizable por los derrumbes; la luz eléctrica, sólo desde dos años antes, pero el acueducto aún no estaba hecho; el teléfono (una línea pública) sólo llegó tres meses después del entierro del cura. En la escuela media de Borgo continuó enseñando después hasta el 74. Luego vino su traslado al Galluzzo, extrarradio de Florencia, hasta que llegó la jubilación.

Nada más recibir del editor los primeros ejemplares de la *Carta a una maestra* y, desde la cama en la que moriría pocas semanas después, Don Milani cogió uno

del paquete y se lo dio a Adele: como el libro está dividido en tres partes, escribió esta dedicatoria:

Parte cuarta: más tarde, por fin, encontramos una maestra distinta de todas las demás, que nos ha hecho tanto bien.

Distinta ciertamente, Adele, del resto de los testigos; más de una vez protagonista de los últimos cuatro años de la escuela de Barbiana, a causa del privilegio y el esfuerzo de

permanecer y ver desde dentro, día a día, cómo su creador vivía y sufría insultos, calumnias, injusticias, malas interpretaciones, manipulaciones, incluso amenazas de obispos, de otros curas, de periodistas y de políticos fascistas de todo tipo. Su técnica de defensa y de contraataque. Su redacción de la réplica *a los curas castrenses* y de su *carta a los jueces*. Las ansias, los temores y también los consuelos y las esperanzas de su relación con los chicos. Las instrumentalizaciones y las contradicciones de su diálogo con los intelectuales, los laicos, los ateos, los herejes, los comunistas. Los motivos de sus silencios. El objetivo de sus invectivas.

Esto explica que inmediatamente después de la muerte de Milani, y con más insistencia cada vez —a medida que brotaban con los años historias e interpretaciones discutibles sobre su vida y su escuela— nunca se haya dejado de empujar a Adele a ¡que se decidiera a sacar a la luz sus recuerdos y observaciones! Lo han hecho muchos, cada cual con su propio estilo, pero todos con el convencimiento de la importancia o, incluso, de la necesidad de hacerlo. Nadie se esperaba revelaciones;



todos suponíamos aportaciones a la aventura de aquel hombre, ciudadano, maestro y cura, que rectificaran tópicos vacíos (misoginia, dureza, lenguaje procaz, comunismo, etc.). Así como, ojalá, que reconstruyeran documentalmente algunos de los muchos sucesos incompletos o deformados por el decir popular más o menos repetido (expulsión de los burgueses, huelga de párroco, repudio del Catecismo, disputa con el Obispo, descubrimiento de la escritura colectiva, etc). Y Adele siempre diciendo que no a todos, con una gracia especial. Hasta que de pronto, a finales de 2009, anunció que estaba convencida; es más, que había comenzado a escribir.

Nos quedamos todos impresionados y contentos, pero quizá yo más que nadie por mi parti-

cular situación personal de “pez fuera del agua”. Mejor: de pez incrédulo inmerso en el mar de una parroquia católica.

A don Lorenzo Milani lo había conocido el 16 de octubre de 1958. Sus *Experiencias Pastorales* habían salido pocos meses antes y ya habían levantado un avispero de discusiones y polémicas, preludio de la intervención secuestradora del Santo Oficio: subí a Barbiana para entrevistarle en un reportaje de *El Europeo* acerca de los problemas de las parroquias, y honestamente me declaré católico sólo en el censo. Superado el desconcertante “examen de admisión” que Milani imponía a todo el que llegaba nuevo (baste entre todos el espléndido y conmovedor testimonio del político Pietro Ingrao [*Testimonianze* 100, 1967], surgió inmediatamente un clima de cor-

dialidad y confianza, rápidamente transformado en una amistad que duró hasta su muerte y que aún se mantiene con muchos alumnos y con sus familiares. Una relación y una amistad que queda entre las experiencias más intensas y determinantes de mi vida, sin haber afectado mi incredulidad laica. Que ha comprometido la vida de mi mujer y de mis hijos, igualmente inmunes a las conversiones.

Cuando en septiembre del 63 la profesora Corradi apareció en Barbiana, mi relación –físicamente intermitente (yo vivía en Milán), pero epistolarmente cada vez más frecuente con don Lorenzo y su escuela– duraba ya cinco años. El primer encuentro con ella no lo recuerdo. Pero en todos los encuentros sucesivos me convencía más de su doble papel en aquella singular escue-



G. Pecorini con Adele y J.L. Corzo en 1995.

la-comunidad: técnico, como profesora auxiliar y de apoyo al esfuerzo de don Lorenzo y al trabajo de los chicos; social, como ayuda para acercar y unir el microcosmos de Barbiana con el resto de Italia y del mundo. Lo que yo –extraño a su “empresa”, como don Milani llamaba a la Iglesia– vislumbraba esporádicamente y de lejos, ella, creyente practicante, lo observaba y vivía a diario desde dentro: en resumen, que un futuro testimonio en común habría podido certificar mejor la verdad objetiva y, sobre todo, la potencia laica de una propuesta al mismo tiempo cultural y ética que, personalmente me apremiaba sólo como ciudadano, pero a ella, también como creyente.

En cuanto me llegó en los últimos días de 2010, me sumergí a leer su manuscrito (la vieja profesora maneja como una jovencita el ordenador para la correspondencia e internet, pero ahí no:

pluma y papel a rayas, como para los trabajos en el colegio) y he salido de él sorprendido al mismo tiempo que conmovido.

Sorprendido, porque me esperaba una cosa muy distinta, mucho más lineal y normal, pero en cualquier caso distinta: testimonios de momentos vitales y sucesos que con frecuencia nos han llegado de manera parcial y/o distorsionados, por buena o mala fe, a la espera de ser reconstruidos y comprendidos de manera justa y, por lo tanto, de ser juzgados con honestidad. Sin embargo, me lo encontraba todo mezclado y revuelto, sin tener en cuenta la cronología, sin preocupación alguna por establecer jerarquías. Conmovido, por la verdad, el valor, el pudor, la belleza, la ejemplaridad de los recuerdos-confesión revueltos sin orden.

Confío en que le suceda lo mismo –y se lo deseo– a quien, cuando coja en sus manos este librito para aprender alguna cosa más sobre los hechos

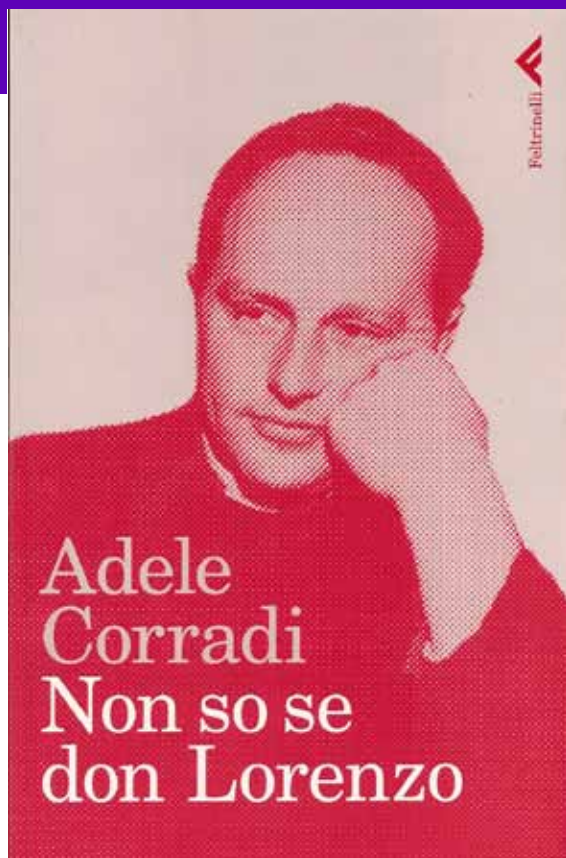
de don Lorenzo Milani y de la escuela de Barbiana, se vea envuelto en una ola de emociones y descubra cada vez más la intensidad creciente de una relación afectiva total y, al mismo tiempo, púdicamente contenida. Y terminará sintiéndose ahí dentro, a medias entre el estupor de la sorpresa y la tentación de implicarse. Compensando la pérdida de ulteriores noticias con la ventaja de una mejor comprensión de cómo era la auténtica atmósfera de la comunidad barbianesa; del porqué también un ateo, sinceramente no devoto, pudiera ser acogido en igualdad de condiciones y sentirse a gusto. Cómo pudiera sentirse allí un creyente, no sabría decirlo. Me atrevo, sin embargo, a suponer que también él se sentiría a gusto, en la medida directamente proporcional a su propia y sufrida coherencia. ■

(Testimonio final en el libro de A. Corradi, pp. 143-149).

El Grupo Milani, de Salamanca y de otros lugares de España,
ya le debía mucho a la profesora Adele Corradi que fue
nuestra amiga y se vino a vivir un curso en la Casa-escuela
Santiago Uno. Este libro multiplica nuestra gratitud.

El libro *NON SO SE DON LORENZO* (Feltrinelli, Milán 2012)

José Luis Corzo (M)*



Hace muchos años –cuando más la traté– en Salamanca, me sorprendía que Adele Corradi aportara datos de don Milani contradictorios entre sí: detalles que decían todo lo contrario de lo que se pretendía demostrar. Un día, al acabar mi explicación sobre Barbiana a unos visitantes de la Casa-escuela Santiago 1, se lo dije: “Adele, ¿por qué, cuando yo estoy insistiendo en que don Milani era A o era B, sale Vd. con una anécdota que hace pensar en todo lo contrario?”.

Me temo que yo entonces no la entendía y que, en la práctica, acordamos algo tan horrible como que ella se callaría en público esos detalles desconcertantes y, después, me los contaría a mí solo. Estábamos muy de acuerdo en lo fundamental, yo he aprendido de ella casi todo lo que sé de don Milani, así que no era cuestión de discrepancia ni de protagonismo (basta conocerla a ella; de mí no estoy tan seguro). Ahora en su libro veo con claridad lo que pasaba, porque las caricaturas se construyen y se dibujan así: primero te haces una idea del personaje y luego subrayas

lo que te interesa y suprimes lo que te sobra. Así están escritos la mayoría de los muchos libros que hay sobre Milani. Cada uno narra desde su perspectiva, cree poseerlo y lo hace coherente. Lo utilizamos. Un teólogo lo confronta con la fe; el político, el sociólogo, el pedagogo, el periodista... lo comparan con lo suyo para resaltar sus rasgos.

Adele, desde el título de su libro (*No sé si don Milani*), sabe bien que no lo posee y lo muestra sin definirlo y sin interpretarlo (lo que es sumamente difícil). No demuestra nada; y no porque tenga dudas, sino porque no olvida que cualquier persona es un misterio y –en el caso de don Milani– ella toca con su mano el misterio muy particular de una persona que cree en Dios (al que nadie ha visto nunca).

La autora da un testimonio (en el sentido *evangélico*) muy diferente del testimonio judicial o del testimonio biográfico, porque, ante el tribunal o ante la historia se testifica objetivamente, desde fuera; se cuenta lo visto y oído y se trata de permanecer al margen de lo narrado. Adele, en cambio, se da a sí misma en cada página y se expone. Hay tal dosis de sinceridad y de sencillez en estas páginas que hay que creerla. Ninguna retórica. No sobra una palabra. Cada recuerdo nos llega sin moraleja, porque no hay nada que demostrar. No es un libro de historia, ni de micro-historia siquiera, porque, Adele cuenta “*episodios a través de los cuales se pueda vislumbrar cuáles eran las relaciones con don Lorenzo, sin tratar de dibujar el Retrato*” (p.12).

Las relaciones. Captar y describir a otros las relaciones es muy difícil y, sin embargo, son ellas, más que nuestras cualidades o nuestros actos, las que dicen quiénes somos. Pero ninguna relación personal se reduce a un hecho, ni a las palabras con que se expresa... No son materia, son espíritu, y también lo son las relaciones de don Milani con otras personas: con la propia Adele, con Eda (¡qué gran homenaje se merecía!), con Marcello, con sus chicos, con su madre, con sus superiores eclesiásticos... y, sobre todo –desde mi propia lectura inevitable– con Dios.

dos conocimientos

Semejante testimonio corresponde a una de las dos formas de conocimiento a nuestro alcance, que ahora necesito describir.



Con los años, distingo cada vez con mayor claridad dos órdenes diferentes del conocer humano. Con uno se pretende la objetividad: el *objectum* es lo que está ahí arrojado *fuera* de mí, (de *eicere*, echar). En éste se basa el conocimiento racional, que se ha ido abriendo camino poco a poco a lo largo de la historia y ha engendrado la ciencia moderna. ¡Y bendito sea!, porque nos ha librado cada vez más del conocimiento subjetivo, ideológico, dependiente de las opciones previas de cada uno; por eso dice el viejo proverbio que “nada es verdad ni es mentira, sino según el color del cristal con que se mira”.

Pero además del objetivo (y del subjetivo, en decadencia ¡ojalá!) hay este otro conocimiento que Adele presenta en su libro, y que debemos cultivar mucho más. Puedo llamarlo *autoimplicativo*, aunque me gustaría llamarlo *simbólico*, si no fuera porque la palabra *símbolo* tiene usos muy diferentes y es poco clara en nuestra cultura. Es un conocimiento muy real, ya que nuestras relaciones –con la naturaleza, con los demás y con Dios– sólo se perciben en símbolos.

Lo simbólico salta de repente. Contemplamos una pintura en el museo o escuchamos una fábula o un relato y ¡zas!, he aquí que “Zaqueo soy yo” o “ese hijo mayor de la parábola”... o puede que “el menor”. Me siento implicado, me conozco ahora mejor. No me pasa siempre, ni a todos los que ven un mismo cuadro de Goya o leen el Evangelio. Este vaso de agua lo vemos todos, pero para un sediento es algo muy distinto.

También puedo usar un ejemplo provocador: en la plaza de toros amarilla, casi de oro, todos nos sentamos en un mismo redondel y

bajo el mismo sol. Y contemplamos las mismas cosas, pitos y palmas, entusiasmo y tedio. Pero, a veces, algo que vemos nos deslumbra: la figura de ese andrógino que baila y se ciñe su enorme falda, lleno de coraje y de suavidad al mismo tiempo, y que ante esa fiera se juega la vida; sin trepar a las gradas, sin la astucia del cazador, sin la fuerza de las armas... En un trance así, tan peligroso, logra acercarnos la belleza y, como en la vida misma, no son los que huyen atemorizados, los que engañan o los que vencen quienes nos convencen, sino los que permanecen en su sitio y hacen *bella figura*, como se dice en italiano, o como dijo Milani a su madre (para explicarle el cambio de su vocación de pintor por la de cura): “sólo me encuentro sereno cuando estoy siempre a tono con cualquier eventualidad”. (También él se había dado cuenta de que en la vida “somos vistos”, no sólo espectadores y, que Dios, antes de buscarle, ya nos había encontrado y, antes de conocerle y amarle, nos conoce y nos ama).

Pues bien, quería detenerme a explicar las dos clases posibles del conocer humano, porque cada breve relato de los 71 de Adele puede activar el “¡zas!” de lo simbólico, como hacen las parábolas del Evangelio o las florecillas de San Francisco o los cuentos jasídicos. Cada episodio viene cargado: habla de aquello que pasó, pero también de la autora. Y ¡también de mí! y de nosotros, los lectores.

No conviene mirar al dedo, sino lo que señala. “No me gustaría que el famoso amor de don Lorenzo por sus alumnos se entendiera como un amor dulzarrón. A veces se ve mejor en la patada que le pegó a uno bajo la mesa”, decía la Corradi en Bérgamo, en un coloquio reciente para presentar su libro.

Ya muchos nos habían encaminado al conocimiento objetivo de Milani y eso ha sugerido una interpretación auténtica y, lo que es peor, un Sanedrín que la custodia. El mismo Sanedrín que, naturalmente, ahora desautoriza y desaprueba este libro genial.



Calenzano 1988.

Adele Corradi dice que supo desde el primer día que había encontrado una persona extraordinaria, como hombre y como cristiano y, afortunadamente, se ha decidido a contar sus recuerdos. Con ellos ha hecho un triángulo: don Milani aparece vivo en sus relaciones de aparente solitario, “habitado” por muchas cosas y personas. Adele entra ahí y acoge en sí misma la red de hilos que se entretajan. Nos lo cuenta y nos emociona; nos dan ganas de tomar partido, de escandalizarnos o de aceptar, y de poder seguir, callados, en esa compañía...

Ahora siento, sobre todo, una inmensa alegría por mi amiga Adele Corradi y por estos años de amistad. Gracias a ella, también yo he podido vivir un poco con don Milani y en su mundo. Hace unos meses me hizo uno de los más grandes regalos de mi vida cuando me escribió: *Mi dispiace tanto che tu non abbia conosciuto don Lorenzo come l'ho conosciuto io. Non solo vi sareste divertiti. So che vi sareste voluti bene e se ci penso a come vi sareste voluti bene mi par quasi che me l'abbia detto. Buonanotte.*

[“Siento mucho que tú no hayas conocido a don Lorenzo como le he conocido yo. No sólo os hubierais divertido. Sé que os habríais querido mucho y, si pienso en cuánto os hubierais querido, me parece que me lo haya dicho. Buenas noches”].■

**El texto sintetiza la doble presentación del libro que hizo el autor los días 11 y 13 de abril de 2012 en Bérgamo y en Le Piagge (Florencia).*

...para entrar un rato dentro de Barbiana y no buscar ideas ni recetas ni métodos, sino la vida de aquellos días allí arriba, el flujo vital que corría entre ellos. Respetamos a la autora que no pone títulos a sus recuerdos, sino que simplemente cambia de página...

Dentro de Barbiana

Adele Corradi, *NON SO SE DON LORENZO*
(Feltrinelli 2012)

(traducción José Miguel Castelo)

h
e
r
r
a
m
i
e
n
t
a
s

Pág. 27

Contar cosas de Barbiana siempre me produce malestar. Me parece una indiscreción, violar la intimidad de una persona que quería ser una persona pública sólo mediante escritos meditadosísimos.

Una vez me vio copiar una carta suya (creo que iba dirigida al Cardenal). Sin duda era un escrito meditado, pero no destinado a la prensa. Me dijo que si después de su muerte me atrevía a publicar un escrito suyo, vendría durante la noche a arrastrarme por los pies, como los clásicos fantasmas. Como es lógico me reí de su amenaza, pero no de su voluntad de que sus cartas no se publicaran. Por eso estoy muy contenta de que las haya publicado Michele. Estoy segura de que, tratándose de la iniciativa de un chico al que quería tanto, si don Lorenzo la hubiese previsto no le habría disgustado. Sin embargo, si me pregunto qué hubiera dicho cuando estaba vivo a leer estas páginas, enseguida me entran las ganas de romperlas.

Pero se murió. Y en uno de sus últimos días me dijo una cosa que ahora me repito. Yo tenía mucho miedo de leer maldades sobre él después de su muerte. Ya habían dicho muchas cuando estaba vivo y yo estaba muy lejos de pensar que todos iban a empezar tan pronto a hablar bien de él. Quizás, ni él se lo imaginaba (y eso que era lo bastante listo como para prever el éxito de su *Carta a una maestra*). De hecho, cuando le dije que, después de su muerte, no me gustaría leer nada de cuanto se escribiera sobre él, me hizo notar que después de muerto ya nadie

podría hacerle daño. Yo le repliqué que leer maldades me haría daño a mí, que seguía viva, y me comprendió, pero a él el tener buena o mala fama después de muerto parecía que no le importase nada en absoluto.

Por eso no tengo muchos escrúpulos respecto a él. Me preocupa mucho, sin embargo, la duda de si lo que escribo pueda doler, o incluso sólo molestar, a sus hijos más queridos, los que más “celosamente” custodian su recuerdo.

Solo me animan, a la hora de decidir si escribir aún, las palabras de Maurizio Di Giacomo.

“La exhorto”, me escribía hace bastantes años, “a grabar en una cinta con una



La autora.

persona o institución de su confianza los recuerdos que tenga de los años vividos con don Lorenzo Milani. Será sin duda un trabajo doloroso, en lo personal, pero importante. Todo lo que usted sabe no son 'recuerdillos' banales ni 'anecdotalitas'. Si no hablan quienes han conocido personalmente al cura de Barbiana, acabarán por escribir su historia los historiadores que investigan, esos con corbata Yves Saint-Laurent, o bien los hagiógrafos de los Tribunales eclesiásticos de las causas de beatificación, y la profunda humanidad así como la soledad indecible de aquel cura-maestro-testigo-polemista terminará olvidada o *neutralizada completamente*".



Pag. 29

Estaba fuera, bajo la pérgola, de pie, y tenía en la mano una carta.

El que le escribía tenía que haberle pedido muchísima discreción, porque no la leyó en voz alta como solía hacer con toda la correspondencia que recibía.

"No dé vueltas a mi alrededor", dijo, duro.

Y luego, más duro aún: "Lo sé", añadió, "de los burgueses hay que aprovecharse, pero sin tomarlos cariño".

No notaba que yo estaba en ese momento a su lado y por pura casualidad cogía al vuelo aquellas palabras.

Me llegaron al corazón como un aviso y todavía doy gracias a Dios porque no me ofendieron ni me escandalizaron.

Eran los primeros tiempos de ir a Barbiana, y aquellas eran las condiciones. Sólo si las aceptaba podría continuar yendo allí.

Así al menos me lo pareció en aquellos días y meditándolo hoy creo que fue una gran suerte que lo entendiera así, porque me libró de cualquier expectativa y, sin esperar nada, ciertamente he podido recibir mucho más.

Pag. 47

Con la astronomía y la genética he tenido en Barbiana una de las experiencias más interesantes que se puedan dar en la vida de un profesor.

He experimentado la condición de un chico que no entiende nada. Intentaba estar atenta, pero no aguantaba más de diez minutos. Perdía el hilo y me daba cuenta de estar distraída.

Si hubiera sido una auténtica alumna de Barbiana lo hubiera dicho y, si no lo hubiera dicho, inevitablemente se habría dado cuenta el maestro. Pero yo era la única alumna de la que el maestro pasaba. Que aprendiera o no, era asunto mío. Era suficiente con que no molestase.

Pero algo aprendía. Una pizca de práctica hacía, porque don Lorenzo me señalaba en el cielo alguna constelación y aprendí a distinguir las Pléyades y Casiopea, que hasta no ir allí sólo me las había encontrado en los versos de los poetas antiguos.

La primera estrella que aprendí a reconocer fue Júpiter, que además no era una estrella sino un planeta. Era muy grande y luminoso porque aquel año, era 1963, estaba más cerca de la tierra de lo habitual. Me informó don Lorenzo la primera vez que bajamos juntos a Vicchio, porque volvimos arriba cuando era casi de noche y teníamos Júpiter delante.

Pero la constelación que me fascinaba más era Orión. Aparecía detrás del Monte Aùto al inicio del invierno y brillaba en el límpido cielo de aquellas largas gélidas noches mucho más que el resto de las estrellas.

Al llegar la primavera llegó también Gregorio, con un telescopio. Y Paolo Landi fue el encargado de colocarlo de manera que nos permitiese ver Saturno.



Paolo lo puso detrás de la Iglesia, cerca de la casa de los Carotti. Y vino al amanecer para colocarlo allí, porque Saturno sólo al alba se dejaba ver.

Era el primer año que iba a Barbiana y aún no me había establecido allí, por eso aquella noche yo dormí con Eda y, como la ventana del cuarto de Eda daba a la explanada de la Iglesia, al amanecer me despertó la voz de don Lorenzo que, bajo la ventana, se oía gritar alegre: “El que no se levanta para mirar a las estrellas no ama ni la escuela ni a los chicos”.

Me levanté deprisa y enseguida estuve lista para bajar corriendo, pero no era precisamente por amor a la escuela y, menos aún, por amor a

los chicos. Era puro egoísmo. Todo era nuevo para mí aquellos primeros meses.

Hasta entonces, a Saturno, así como a las Pléyades y a Orión, me lo había encontrado sólo en los libros. Ahora, con el ojo pegado al telescopio, lo veía delante de mí, vivo, allí, sobre el Falterona.

Y todos a mi alrededor estaban tan contentos como yo por estar juntos, al alba casi a oscuras, entre los cipreses, a mirar las estrellas. Paolo había venido de bastante lejos porque su casa estaba en Sagginale. Y hasta Rina se había levantado y había preparado el café que nos trajo, caliente, y que bebimos de pie después de haber mirado todos las estrellas.

Pag. 53

Venía de vez en cuando a Barbiana una profesora que me parecía una mujer verdaderamente extraordinaria. Era estupenda como educadora y era también estupenda... en todo lo demás. Se veía que cocinaba bien y muy a gusto, leía mucho, iba al cine con frecuencia y también intervenía en política.

“¡Esta mujer consigue hacer de todo! ¿Cómo hará, don Lorenzo, para encontrar tiempo de hacer tantas cosas?”

“¡No quiere a nadie!”, me respondió de golpe.

¡Era cierto! ¡Era ciertísimo! ¿Cómo hice para no darme cuenta? ¡Cuántas más cosas se harían, si no se amara a nadie!

También por esto me gustaba estar en Barbiana. Porque, cada vez que no estaba satisfecha conmigo, don Lorenzo encontraba siempre el camino para hacerme recuperar la paz. Siempre. Era liberador. Ahora que está muerto, esto sobre todo es lo que me ha faltado.

Una vez había discutido delante de todos con Margarita, porque ella “con gran bondad” hacía grandes elogios de un abogado que había escrito a don Lorenzo, ofreciéndose a defenderle en el proceso por la *Carta a los capellanes castrenses*.

Yo decía que aquel abogado era un ambicioso, porque estaba clarísimo para cualquiera que de aquel proceso hablarían todos los periódicos: para un abogado desconocido

era una oportunidad única de hacerse famoso. Además, para mí, aquel tipo era también un presuntuoso y un egocéntrico porque sólo pensaba en su interés y no en el de don Lorenzo. Margarita, sin embargo, que lo conocía, decía que era una buena persona y lo defendía acaloradamente de todas mis acusaciones.

En la discusión, a pesar de estar comiendo con varios huéspedes, yo había perdido los nervios, así que, más tarde, sentía vergüenza por haber hecho una escena. Por eso, en cuanto volví a encontrarme sola con don Lorenzo, casi disculpándome dije: “no sé por qué me he enfadado de esa manera”. “Porque tiene miedo, Adele”. De golpe comprendí que esa era precisamente la razón. Él, observándome, lo había cogido antes que yo. Claramente tenía miedo de que Margarita con sus elogios convenciera a don Lorenzo de que se dejara defender por el primero que llegaba. De ser condenado no le importaba gran cosa (eso al menos parecía) y yo tenía la impresión de que a ratos le entraban ganas de contentar a aquel abogado al que no conocía nadie y que escribía que le defendería con el corazón. También este argumento me daba rabia, porque me parecía, aun sin haber asistido nunca, que en un tribunal se requiere cerebro. “Déjate defender con el corazón”, decía de hecho el juez Meucci, “y estate seguro de que te buscas una condena”.

**Pag. 58**

Estábamos en el cementerio, ante la puerta. Dentro del cementerio los chicos quitaban hierbas de las tumbas. Pero al recordarlo no me doy cuenta de su presencia. Veo a don Lorenzo de pie delante de mí y a mí

sentada en la hierba. Probablemente estábamos hablando de Inés. De pronto me dijo, serio: *“¡Usted no creerá que yo piense que la salvación de un alma dependa de mí! ¡Yo no pienso, desde luego, que yo pueda cambiar el mundo!”*.

Quizás, entonces, era absurdo trabajar como dos desesperados para no perder ni un minuto de nuestras jornadas.

Me daba cuenta sin embargo, en aquel momento, de que la idea de ser dos “siervos inútiles” me daba alivio y alegría.

Pag. 66

“Unos padres responsables no le compran helados al niño ¿verdad? Pero, por esta vez, yo diría que hay que comprárselo, ¿qué opina, Adele?”

Estábamos parados, en el coche, yo, don Lorenzo y Marcello delante de los soportales de una de las dos plazas de Vicchio, dispuestos a volver a Barbiana.

“Compre también uno para mí”, añadió mientras yo abría la puerta. Me dirigí, pues, a la heladería y volví con dos conos, pero, mientras íbamos por las calles del pueblo sólo Marcello se comió su helado. El de don Lorenzo lo tuve yo en la mano porque sólo cuando llegamos al campo, en una carretera donde no había nadie, paró el coche y se comió el helado también él.

En aquel momento me pareció raro que quisiera comerse aquel helado así, como a escondidas, pero pensándolo más tarde me pareció que tenía razón al no querer que lo vieran en la plaza con la lengua fuera lamiendo un cucurucho.

Fue poco después, mientras seguíamos ha-

cía Barbiana, cuando se habló del deber de ser coherentes, pero no creo que fuese con motivo del helado. En cualquier caso, me dijo, en conclusión, que, según él, la coherencia absoluta era un absurdo y, además, un absurdo estúpido. Dicho esto por otra persona podía parecer un discurso “normal”, pero dicho por él, con lo que costaba la coherencia en Barbiana, tenía un sabor completamente nuevo.

Aquel era uno de tantos momentos en los que me parecía comprender que uno no debía ser prisionero de nada, ni siquiera de los “principios”. Porque, como diría Freire, don Lorenzo era “un radical”. Freire, así al menos me parece entender de lo que Corzo dice de él, dividía las personas en “radicales” y “sectarias”. Las “sectarias” tienen raíces poco profundas y se aferran a reglas y dogmas. Los “radicales”, por el contrario, tienen raíces profundas y no tienen miedo de la libertad.

Todos los días y en las ocasiones más diversas, aprendía en Barbiana lo que significaba ser “radicales” (en el sentido de Freire).

Pag. 68

Cuando había niebla, todo el valle del Mugello desaparecía. Sólo nosotros allá arriba, y las cimas de los Apeninos frente a nosotros, permanecíamos al sol.

Era a la altura de Padulivo donde la niebla se hacía menos densa y a través de la niebla, entre las hojas de los árboles, llegaban los rayos.

Así que, cuando volvíamos en coche desde Florencia, don Lorenzo allí iba más despacio, y nos hacía estar atentos, porque allí, de repente, aparecían los colores. En un instante el mundo volvía a ser un mundo de colores. “Así será”,

añadió una vez, “cuando lleguemos al Paraíso. Dejaremos abajo toda la niebla y todo el gris se quedará detrás de nosotros”.

También aquella vez parecía que no hablaba con nosotros, sino para sí. Era un pensamiento hecho voz.

Y en aquellos momentos era como si se abriera una rendija y se vislumbraba, a su través, una parte del alma que normalmente no aparecía. Porque normalmente parecía feliz, pero en aquellos momentos llegaba la duda de que dentro hubiera también algo que no era felicidad.

**Pag. 76**

Paolino de Gattaia era el más pequeño de los escolares de Barbiana y con Marcello, Raffaello y Giovanni, no se sentaba detrás de las mesas como los mayores durante la lectura del periódico.

Los pequeños se sentaban en una banqueta baja delante de las mesas, justo enfrente de don Lorenzo, a dos pasos de sus pies.

Pero estaban distraídos. Marcello, Raffaello y Giovanni estaban distraídos porque no eran capaces de comprender, Paolino de Gattaia se distraía porque evidentemente la lectura del periódico y los comentarios de don Lorenzo le aburrían.

Así que había inventado una manera muy suya de pasar el tiempo: guiaba una motocicleta

imaginaria y, observándolo, se le veía cambiar las marchas y tomar las curvas de un camino muy accidentado que, claro está, no se veía.

Todos los días “corría”, y “a gran velocidad”, por aquel camino.

Don Lorenzo parecía que no se enteraba, así que un día decidí advertirle.

“Don Lorenzo” dije, ingenua y concienzuda, nada más quedarme a solas con él, “Paolino no escucha cuando usted lee el periódico. Durante todo el rato se cree que guía una motocicleta”.

Don Lorenzo escuchaba, atento y pensativo, como siempre que había un problema.

Pero no le preocupaba un problema como ese. “Adele” respondió con calma, sereno, “yo estoy aquí como un campesino. Un campesino no puede tener prisa de que una pera madure”.

**Pag. 78**

Habíamos leído aquellos días esa carta de Maquiavelo en la que se lamenta de verse obligado a permanecer fuera de Florencia para no acabar arrestado en el Bargello. Y dice que en el Albergaccio pasa mucho tiempo en la hostería jugando al trique-traque, y que todas las tardes, en el juego, grita y “se *ingaglio*” [se hace un plebeyo].

Pero cuando acaba el juego, sube a su habitación y allí, cada tarde, “se quita la ropa de *gaglio*” y “viste paños curiales” para leer los escritos de los antiguos, y en su compañía se entretiene, y escucha sus voces, y se nutre de su sabiduría. “Porque”, termina, “este es el alimento que *solum* es mío y que yo nací para él”.

En Barbiana, una mañana, estábamos todos alrededor de don Lorenzo que leía el Evangelio, pero los chicos no estaban atentos. No tenían ganas, aquel día, de leer el Evangelio.

Se montó un número de mucho cuidado y don Lorenzo los insultaba. Los llamaba campesinos y avariciosos. “Si doy clase de matemáticas estáis atentos”, decía, “porque con las matemáticas se puede ganar dinero. El Evangelio, en cambio, no sirve para ganar dinero. Por eso no estáis atentos.

Pero yo toda la semana enseño matemáticas esperando este momento. Porque este es el alimento que *solum* es mío y... ¿cómo dice, Adele?...”

“Y que yo nací para él”, dije yo.

“¡Precioso! ¡Es así!... y que yo nací para él”.

Pag. 94

“**Don Lorenzo, si aquí al lado** viniera a vivir otro cura y los chicos empezaran a irse con él en lugar de venir aquí, ¿qué haría usted?”

“¡Agarraría el fusil!”

“¿Y si fuera mejor que usted?”

“¡Agarraría el fusil! ¡Los chicos son míos! Listo o burro, si me los quitara, ¡agarraría el fusil!”

Estaba alucinada. No sé por qué extraña inspiración me vino a la cabeza hacerle aque-

lla pregunta, pero, después de oír aquella respuesta, estaba alucinada, y no me rendía.

Yo siempre había pensado que un cura se podría permitir sólo un amor desinteresado y altruista. Y estaba segura de que ningún otro sacerdote habría tenido la cara dura de exhibir un amor posesivo y celoso como el más natural y el más legítimo de los sentimientos.

“Pero ¿si fuese capaz de hacer bien a los chicos mejor que usted?”, insistía.

“Son mis chicos, Adele, ¡agarraría el fusil!”

Pag 105

A mi no me convencía toda aquella insistencia en la *Carta a una maestra* sobre el maquiavelismo de los “Amos”, que con el deporte, las modas y otras mil triquiñuelas distraían a los obreros de la política.

Era verdad. Aquellas trampas existían y los obreros caían en ellas.

Pero siempre me quedaban dudas cuando se hablaba de ello.

“¡Usted a los ‘amos’ los hace demasiado

inteligentes!”, le dije un día. “¡No van a ser todos unos genios! ¡Para mí que también ellos creen que las distracciones son necesarias y que el deporte es algo importante! ¿Será posible que dependa de sus planes el que el mundo dé vueltas como ellos quieren? ¡Serían demasiado listos!”

Permaneció callado un rato. Tumbado en la cama, reflexionaba en silencio. Luego, como si aún reflexionara: “Habría que decir algo que no está de moda... Habría que hablar del demonio...”

Fue la única vez que se lo oí nombrar.

Pag 106

La Carta estaba casi terminada y don Lorenzo se la daba a leer a los amigos.

“¡Hemos dado en el blanco!”, me decía aquel día. “Hemos dado en el blanco porque le gusta a Mario y a Daniel. Les gusta todo, les gusta muchísimo a los dos”.

Mario Becchi había sido alcalde de Vicchio, pero había nacido campesino.

Daniel Njai se había hecho médico, pero había nacido en una choza en un pueblo de Kenia.

Recordaban muy bien, los dos, los días de su infancia, cuando para el hijo de un campesino la alternativa de la escuela era la mierda del establo.

Pag 119

Después de su muerte hubo un momento en el que deseé no haberlo conocido nunca porque “sus” chicos me estaban dando disgustos y me parecía que don Lorenzo me había engañado conscientemente.

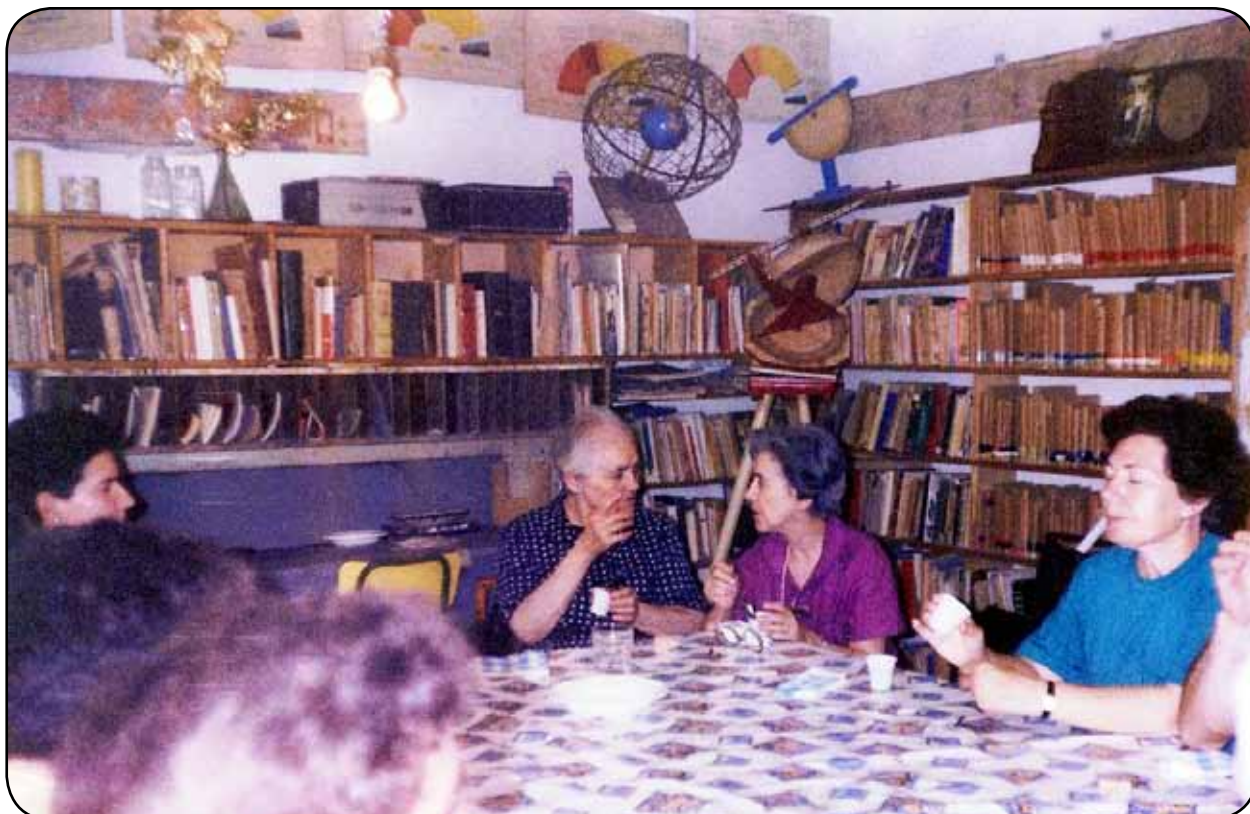
Se lo dije a Eda y fue la última vez que le tocó poner paz entre su cura y yo.

Me dijo: “¡Adele! ¡No se acuerda! ¡El primer engañado era él! ¿No recuerda cómo se hacía ilusiones?”.

Esta era la opinión de Eda. Pero no es verdad que se hiciera ilusiones. Él veía a los chicos como podían ser y, luego, si no todos han conseguido ser como habrían podido, esa es otra historia. Han estado las mujeres, han estado los hijos, el mundo remando en



su contra, pero algo les ha quedado dentro a todos. Me doy cuenta cada vez que encuentro uno de ellos.



Eda, “el ama” del cura, habla con Adele en 1987, entre libros y astronomía.



Pag 123

No sé si don Lorenzo habrá pedido disculpas a quienes pensaba que había hecho sufrir. No creo. Por la carta que me escribió Berta en aquellos últimos días me pareció entender que su forma de hacer las paces consistía en informar a los maltratados que deseaba verlos.

Incluso con Carla, la “novia” que había dejado al entrar en el seminario, no creo que haya llegado a manifestar lamento alguno por haber sido causa de mucho sufrimiento. Hubiera sido el método adecuado para enfadarla, creo, porque la ponía tremendamente nerviosa que la tomaran por una enamorada desilusionada. Según decía Ranchetti, ella sostenía, además, que don Lorenzo la había llamado a su cabecera sólo para mostrarle lo valiente que era al morir. Habría sido bastante estúpido.

Pero si Ranchetti lo cuenta es cierto que Carla se lo dijo, pero estoy segura de que no lo pensaba. Su Lorenzo era muy distinto del que yo he conocido, pero no es posible que fuera un estúpido. Quizá Carla estaba conmigo más atenta a lo que decía, porque era sensible y buena y me quería. Ciertamente trató de nunca decir nada que me pudiera disgustar. No me ha dicho, por ejemplo, como le dijo a Ranchetti, que la “conversión” de don Lorenzo verdaderamente no era sincera y que muy probablemente se había hecho cura por deseo de omnipotencia. A mí, hablando precisamente de aquella “conversión”, me dijo una vez, y estaba serena y pensativa: “buscaba el Absoluto. Siempre. Siempre ha buscado el Absoluto”.

Estoy convencida, sin embargo, de que ella y yo hemos conocido personas distintas.

La última vez que hemos hablado ampliamente las dos (la última antes de su ingreso en una clínica para morir de cáncer también ella), cuando cerré la puerta de su casa y me encontré en la calle, no pude menos de preguntarme: “¿Pero de quién hemos hablado?”. Me había dicho, entre otras cosas, que en los últimos días de don Lorenzo había preferido no venir a Florencia porque tenía miedo de que le pidiera llevarse consigo a Marcello. Estaba claro que no conocía al Lorenzo de los últimos días. Semejante duda no me entraba en la cabeza. Chocaba ruidosamente con mis recuerdos. Pero no podía contradecirla. Había conocido a otra persona.

Estábamos en casa de su madre y me acababa de decir que los glóbulos blancos se multiplicaban a una velocidad vertiginosa.

Anocheceía. Ya se habían cerrado las ventanas porque estaba encendida la luz eléctrica y estábamos solos en la habitación. Puede que los demás estuvieran cenando. Y de repente creo que me preguntó: “Adele, ¿qué tal se encuentra usted con los hombres y con Dios?”. Es una frase un poco extraña, pero así es como la recuerdo. Le miré extrañada: “no sé qué decirle”, respondí, “no me he preparado”. “¡Necesita prepararse!”. Parecía asombrado y, tal vez, un poco irónico, pero benévolo. Luego, me hizo una reflexión que, resumidamente, se parecía a la de san Pablo cuando dice: “he combatido la buena batalla...”. Recuerdo solamente las últimas palabras: “¡Ahora os toca a vosotros!”. Yo, desde hacía tiempo, tal vez desde que él se había ido de Barbiana, meditaba traerme conmigo, a mi casa, después de su muerte, a los tres chicos Alpi: Marcello, Rafaello y Giovanni. Probablemente, sin darme cuenta, la idea de crear una casa y una familia me salvaba de una caída en el vacío tras una vida tan intensa como la vivida hasta aquel momento. Me dolía no poder hablar de este proyecto con don Lorenzo. Sabía que le hubiera alegrado mucho. Pero, como yo no pensaba quedarme con los tres chicos por agradecerle a él ni para recibir su aprobación, no me apetecía empezar a hablar del tema sin haber tomado todavía una decisión. Pero en aquel momento no me dio tiempo a reflexionar. Cuando dijo: “ahora os toca a vosotros”, se me escapó decir lo que en la cabeza tenía pensado hacer.

Me arrepentí inmediatamente, porque a la primera palabra me entró la angustia. Mi proyecto me parecía en aquel momento un absurdo muy superior a mis fuerzas. No quería ni pensarlo.

Gracias a Dios, él no dijo tonterías. No dijo que mi idea era bonita. Me leyó el miedo en la cara y me cortó inmediatamente. Y aunque le gustara creer que Marcello ya no pasaría más hambre, no me lo dijo. Creo que ni lo llegó a pensar. En aquel momento me pareció que Marcelo no le importaba nada.

Le importaba yo, que estaba delante de él horrorizada por lo que yo estaba diciendo: “No hable más”, me dijo, “porque dentro de poco me muero y, luego, usted podría sentirse obligada...”

Se me ensanchó el corazón. Fue como si en un instante se me hubiera caído una losa de la espalda o como si él me hubiera cogido en el momento de caerme en un enorme agujero. El alivio y la gratitud me daban ganas de llorar. ■



En esta foto hecha por Adele Corradi, el pequeño Marcello (al que durante su larga infancia todos creían mudo) parece acercarse a beber en la fuente: un don Milani ya muy enfermo en su hamaca, que consiguió hacerle hablar dándole de beber su palabra

El Evangelio en Barbiana

Adele Corradi

(del registro sonoro

Ermita de Le Stinche, Florencia 16.6.2007)*

(traducción de J.L. Corzo)

No he hablado nunca de don Milani en público porque, como ya se sabe, era una personalidad tan compleja y polifacética, que en cuanto digo una cosa sobre él, inmediatamente quiero corregirme. Además, hablar de “Don Milani, testigo del Evangelio” me parece todavía más difícil. De hecho, para ser sincera, cuando me he puesto a reflexionar sobre lo que podría decirles aquí a vosotros, me he dado cuenta de que debía comenzar por clarificarme yo misma qué quiere decir ser “testigo del Evangelio”. No me convenía la idea de que don Lorenzo fuera testigo por su pobreza. Había elegido vivir pobre y al lado de los pobres, pero estas cosas las hacen también muchos no creyentes. También el hecho de que toda su vida la dedicara a los demás me parecía que no bastase para ser un testigo del Evangelio. Probablemente todos conocemos personas que no saben nada del Evangelio y que son capaces de dedicar sus vidas a los demás. Ciertamente no son muchos los que llegan a un absoluto olvido de sí mismos, como le ha sucedido a don Lorenzo.

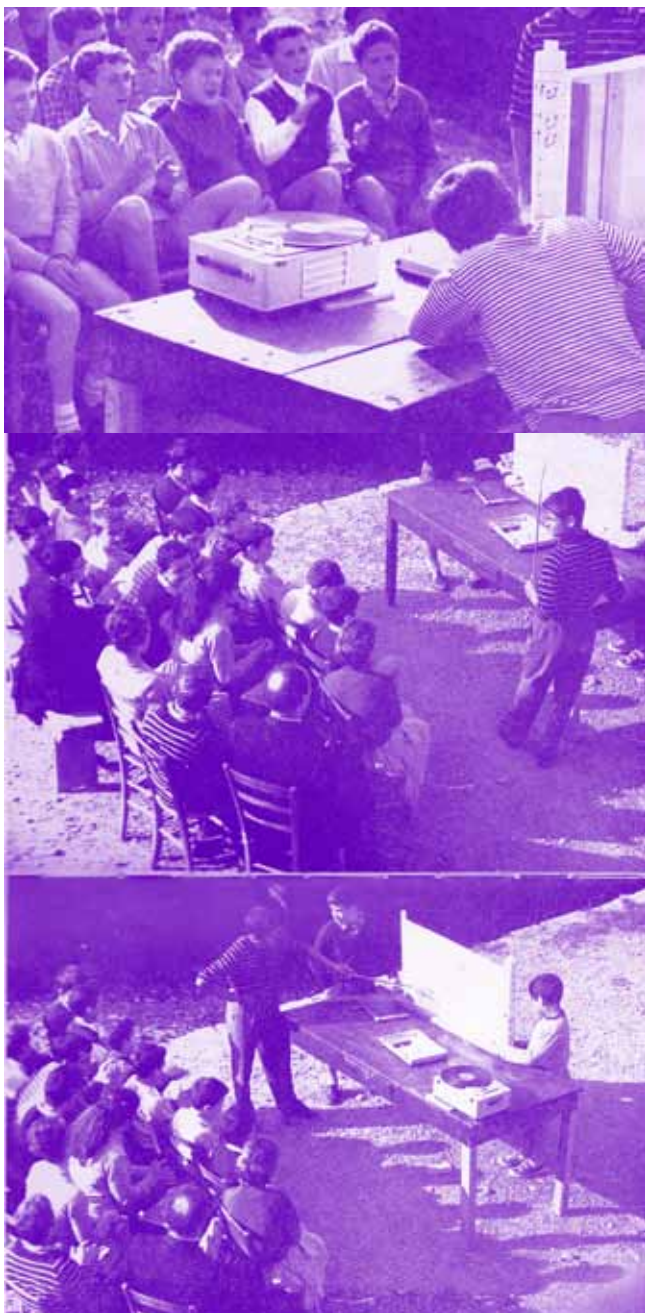
En don Lorenzo, de hacer caso a lo que él mismo contaba, se había dado una transformación interior imprevista. Así como por un trauma se puede perder la vista, parece que casi de forma traumática él comenzase a ver. Un día, de hecho, hablándome de una amiga suya que antes de entrar en el seminario, consideraba su novia, me dijo: “la llamo mi novia, pero ni siquiera le he dado nunca un beso, porque yo no era capaz de querer a nadie. Quería hacerme famoso y no era capaz más que de pensar en mí”. Me quedé con la boca abierta, ya que un minuto antes me había dado una prueba extraordinaria de un absoluto olvido de sí mismo. Le pregunté cómo había hecho para cambiar y él me contó un episodio de su vida que después se ha hecho famoso, porque

todos los biógrafos, creo yo, hablan de ello. Seguro que muchos de vosotros lo conocéis. Me dijo que, mientras pintaba en una callejuela de San Frediano, tenía en la mano una rebanada de pan hecho con harina blanca. Era época de guerra y sólo quien tenía fincas podía tener en su casa pan blanco. Una mujer, desde una ventana, le gritó: “¡no se come pan blanco en las calles de los pobres!”. “En aquel momento, me dijo, me di cuenta de que era odiado y de que me afectaba”. Desde aquel momento, digo yo, comenzó a ver a los demás y a olvidarse de sí.

Pero todos estos hechos edificantes, según creo, no bastan para hacer un testigo del Evangelio. Si la palabra “Evangelio” quiere decir “Buena Noticia”, me decía pensando en este encuentro con vosotros, ¿de qué modo don Milani nos daba en lo alto de barbiana esa buena noticia? Nunca le oí predicar, porque durante la misa nunca hablaba, no hacía comentarios



Marcello trabajó casualmente en este collage colectivo, de los muchos que hacían los chicos en Santiago Uno, y ponía nombres reales a las figuras del dibujante J.L. Cortés.



tras la lectura del Evangelio. Naturalmente esto sucedía en sus últimos cuatro años de vida, porque yo estuve allí arriba sólo en los últimos cuatro años. Durante aquellos años el Evangelio se leía en la casa, durante dos o tres horas todos los domingos antes de bajar a la iglesia para la Misa, pero era una lectura con discusiones, y no creo que se pueda decir que se trataba del “anuncio” de un testigo que sabía más que nosotros. Incluso cuando, en las ocasiones más dispares, Don Lorenzo hacía alguna prédica “de cura”, nunca eran sermones ni “anuncios”. Eran reflexiones ante los chicos y con los chicos. A veces, de una regañina nacía un discurso religioso, una reflexión iluminadora. Entonces, me he dicho, puede que el anuncio del Evangelio nos llegara a través de sus obras.

Y así me ha venido a la cabeza Barbiana. Barbiana, bien puede decirse que era obra de don Lorenzo. Bar-

biana ha existido porque se la inventó él. No digo que no existiera porque no la recordara el mapa. Lo digo porque con don Lorenzo nació en Barbiana verdaderamente un mundo inventado por él. Era una realidad tan extraordinaria, que en los primeros tiempos cuando yo llegaba a la última curva, en lo alto de la última cuesta y de pronto veía la iglesia de Barbiana, para mí era como si llegara a otro mundo. Os parecerá una exageración, pero era el mundo del que habla Jesús cuando los discípulos de Juan Bautista le pedían que les dijera quién era. Entonces es cuando Jesús da la “buena noticia” de que ha llegado el Reino de Dios y que le digan a Juan lo que han visto: “los ciegos ven y los mudos hablan”. En Barbiana sucedía exactamente así: los ciegos veían y los mudos hablaban. Puede que a ver y a hablar llegaran al son de gritos y patadas en la espinilla, y se requería un esfuerzo terrible, de años, para que los ciegos comenzasen a ver y los mudos a hablar, pero al final eso sucedía. Naturalmente era una realidad en proceso y quien llegaba de visita, a lo mejor, no veía más que un montón de chavales sucios, pero si ponía la oreja no podía dejar de oír el anuncio del Reino de Dios.

Os leo un hermoso párrafo de una carta en la que la señora Milani [la madre de don Lorenzo] describe Barbiana a su hija:

“... Allí arriba —como de costumbre— los chicos son veinte. Con frecuencia me admira y me entusiasma la belleza y lo excepcional de aquel ambiente. Otras veces, la miseria, la suciedad, el malestar de aquella vida se me queda en la garganta. No comen bastante, no se lavan, huelen mal, el cubo de agua que traen desde lejos está asqueroso y, luego, ves a los veinte solfear encantados el concierto Emperador ante una máquina de su invención que despliega la partitura ante sus ojos mientras el gramófono suena. Y se siente que allí todos los valores son distintos de los nuestros...”

Muchas más cosas se podrían decir de aquel mundo extraordinario, pero sólo añadiré ésta: en Barbiana se vivía el anuncio del *Magnificat*. En el *Magnificat* se dice: “ha derribado a los poderosos...” Esto era precisamente lo que sucedía. Cualquiera que llegase allí arriba, ya fuera un ministro, un profesor, un periodista, un obispo, se veía derribado de su silla, de su cátedra, de su “posición”, y se convertía en sólo una persona. Y sucedía también, como prosigue el *Magnificat*, que los hambrientos se llenaban de dones y, los ricos, se iban con las manos vacías.

Sólo reflexionando sobre este punto he comprendido plenamente por qué muchos se iban descontentos. Tendemos a pensar que se marcharían descontentos los que habían sido tratados mal y, sin embargo, podía suceder que también se quedasen descontentos los bien tratados. El juez Marco Ramat era un amigo y don Lorenzo lo estimaba mucho. Pero yo he leído un escrito suyo en el que, con honestidad y admirable sinceridad,

confiesa (cito de memoria) que dejó de subir allí porque en el momento de irse se sentía una nulidad y, naturalmente, le fastidiaba sentirse nulo. Otro escrito suyo es aún más luminoso. Dice, de hecho, que la primera vez que subió a Barbiana, esperaba poder tener con don Lorenzo un coloquio “de hombre a hombre” (así lo dice), es decir, un intercambio de ideas. Sin embargo, a pesar de haber subido a Barbiana varias veces, y como amigo, un coloquio de hombre a hombre nunca lo tuvo. Cuando se iba, era siempre con las manos vacías. Y esto sucedía, añado yo, a todos los que llegaban con las manos llenas, o sea, convencidos de tener algo que dar, aunque sólo fuera sus propias opiniones.

Yo tuve la suerte de llegar allí arriba verdaderamente con las manos vacías. No me pasaba siquiera por la cabeza tener algo que enseñar, algo que decir. Sólo tenía que expresar mis dudas. Y en contra de cuanto se ha dicho a veces de él, don Lorenzo escuchaba

con grandísimo respeto si uno tenía dudas de verdad. Si yo no comprendía una actitud suya, un modo de obrar y preguntaba cómo es que se comportaba así, don Lorenzo comprendía siempre que el mío era un deseo sincero de claridad y todas las veces me daba una explicación iluminadora. Cuando le pregunté si le gustaría (estaba ya muy enfermo) que yo me trasladara allá arriba, me dijo categóricamente que no debía hacerlo y, cuando le pregunté por qué, añadió que era su deber de sacerdote (eso mismo dijo) advertirme que el mío sería un trabajo sin recompensa, porque pasaría inadvertido. Los chicos le recordaban a él, no a mí y, al final, me encontraría con las manos vacías. Dije sinceramente que eso no me importaba y, como podéis imaginar, al final, como los hambrientos del *Magnificat*, me he encontrado en las manos tantos regalos que no sé cómo hacer para decir gracias.

* *Fraternità* 13 (2007) 27-32

Marcello, el preferido de don Milani vivió en la Casa-escuela de Salamanca

Adele Corradi

(un texto de 1996 para los XXV años de Santiago 1)



“Marcello Alpi volvió a Salamanca en 1996 para celebrar el XXVº aniversario de la Casa-escuela”

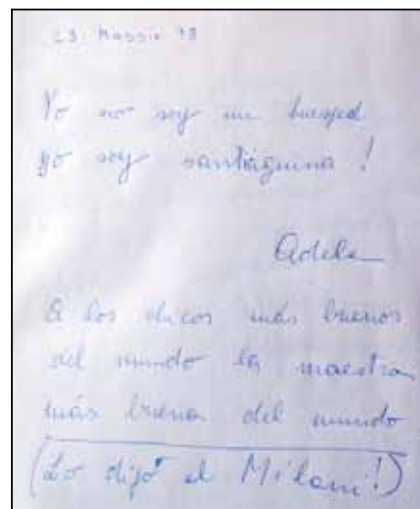
Cuando murió don Milani, Marcello, el más pequeño de sus “hijos”, vino a vivir a mi casa. Tenía ocho años y ya era capaz de hablar. De hecho, don Milani –jugando con él continuamente durante meses, sin rendirse nunca– había logrado hacer hablar a un niño que con cinco años parecía mudo. A mí me correspondía la tarea de enseñarle a sonarse la

encontró todo lo que necesitaba. Sobre todo encontró verdaderos amigos: un tesoro escondido para un disminuido mental. Todos, todos, los educadores y los chicos de Santiago Uno, se hicieron sus amigos y maestros. Todos tuvieron la paciencia de hablar con él y enseñarle algo.

Parecía un juego, como el de don Milani, pero era verda-

nariz y mandarle a la escuela.

Pero en el invierno del 77-78 fui invitada a vivir en la Casa-escuela Santiago Uno y con gran alegría decidí aceptar la invitación. Marcelo tenía 18 años y vino conmigo a Salamanca. En la Casa-escuela



dera, auténtica escuela. La más verdadera y auténtica de las escuelas.

Quienes le acogieron en su habitación y durmieron en su mismo cuarto fueron más que maestros y más que amigos: fueron sus hermanos. No lograré jamás expresar mi agradecimiento por todo lo que Marcelo –y yo con él– hemos recibido de vosotros. ■

Nello Vecchio

Segno 333 (2012)

(traducción de Tomás Santiago)

Vivir en Barbiana despi



“La Verdad, el Bien y la Belleza, como valores puros y auténticos en medio de las actividades de un ser humano, se producen mediante un idéntico y único acto: una determinada aplicación de la totalidad de la atención sobre un objeto concreto”. Por lo demás “la atención, en su grado más alto, es lo mismo que la oración. Supone fe y amor”. Pero “no sólo el amor de Dios tiene como sustancia la atención. De la misma sustancia está hecho el amor al prójimo. (...) En este mundo, los desventurados no necesitan de otra cosa más que de hombres capaces de dirigir hacia ellos toda su atención personal”.

Son palabras de Simone Weil (*La gravedad y la gracia*, *A la espera de Dios*). Me han venido a la memoria al llegar a la p. 73 del libro de Adele Corradi (*Non so se don Lorenzo*), donde la autora escribe:

“Nada pasaba inadvertido en Barbiana.

He dicho una vez que Barbiana era una realidad peculiar. Ahora llego a decir que allá arriba se vivía “en la atención”.

Cuando venían a visitarme mis hermanas, tenían la impresión de llegar a un mundo de soledad (...) Viviendo allá arriba, en cambio, se sabía que era una “soledad habitada” y quien la habitaba no estaba distraído, sino atento. Y el más atento de todos era el cura de Barbiana”.

Ya había pasado, sin darme cuenta, por el detalle de que parecía que a él “le fuese natural estar atento” (p.19), pero sólo ahora he dado con mi clave de lectura para este libro singular. Cuando me he

percatado de hasta qué punto está salpicado de notó, advirtió, había comprendido, había visto, leyó en su rostro, adivinaba y sobre todo miraba, miró. La mirada, precisamente, de la que siempre habla Simone Weil: “Una mirada que ante todo es una mirada atenta, con la que el alma se vacía completamente de sí misma para acoger en ella el ser que está mirando, tal y como es, en toda su verdad. De semejante mirada sólo es capaz quien sabe prestar atención” (*A la espera de Dios*).

Necesitaba una clave de lectura, porque éste no es un libro sobre don Milani. Es, ni más ni menos, el libro de Corradi sobre su experiencia junto a don Milani en los últimos tres años y medio de su vida. Esto lo debe tener claro el lector y, además, la autora lo dice expresamente. La singularidad del libro consiste, sin embargo, precisamente en eso: que, sin ser un libro sobre don Milani, explica más cosas sobre



Visita salmantina a Barbiana en 1987. Desde la izquierda: Veredas, Oliva, Adele, Mercedes, Higinio, alumno Fontecha, Corzo, Inés, Lola, Merche y Felipe.

He aquí dos resonancias italianas del libro de A. Corradi, del que muchas revistas y periódicos italianos (*Corriere della Sera, Avvenire, La Stampa, L'Unità, Il Manifesto, L'Eco di Bergamo, Il Sole-24 ore, L'Espresso, La Repubblica...*) llevan hablando desde febrero 2012.

erto y en la superficie

él, y con mayor claridad, que otros muchos. De hecho es una selección de fragmentos, unos brevísimos y otros más largos, y variados, que muestran (no relatan, más bien reconstruyen, ponen en escena con pocas pinceladas) episodios y vivencias de la “extraña familia” (p.118) de Barbiana: ocurrencias, choques, sucesos, delicadezas, enfados.

Aquí nos encontramos con lo que ya se sabe de don Milani: su obsesión por la escuela y la decisión de cerrarla, el amor “posesivo y celoso” (p.94) por sus muchachos, la sensibilidad disimulada, los enfrentamientos con la curia, la larga enfermedad. Sin embargo, mientras reaparece todo esto, se asiste a la composición de una figura conocida, pero vista por ojos que han sabido mirar mejor o, más bien, dibujada con una tonalidad más viva y más cálida, sin la mínima concesión a lo confidencial o al apunte edificante, incluso con buenas dosis de ironía. Pero me doy cuenta de que estas consideraciones valen para quien sabe ya mucho o lo suficiente de don Milani. Y, en realidad, precisamente esta naturaleza fragmentaria del libro lo hace también adecuado para un primer acercamiento al cura de Barbiana. Es decir, se puede comenzar por esta especie de retrato cubista para ir después en busca de una imagen más estructurada; y con este fin, la ausencia de toda clase de aparato (notas, explicaciones, índices) puede constituir un estímulo para saber más. Es decir, creo que al lector totalmente desconocedor del tema, y que imagino joven, no le molestará encontrarse con tantos nombres (sin apellido) que nada le dicen, sino que más bien se dejará atrapar por el desarrollo intenso y suave de estos recuerdos mucho más de lo que haría frente a una información exhaustiva.

Los recuerdos se cuentan con el cuidado y la precisión de quien formaba parte de aquella “extraña familia”, y con la autoridad derivada de una reserva sobre ellos mantenida e incluso cultivada durante 45 años (con muy raras excepciones), como explica Giorgio Pecorini en su testimonio final. En realidad, Adele Corradi

no rompe semejante discreción, incluso invita al lector a que comparta y comprenda sus razones. A él le corresponderá después, si quiere, acudir a las fuentes disponibles y hacerse una idea; aquí no encontrará ninguna revelación y ningún certificado de autenticidad; encontrará como mucho mayores motivos, además de los culturales y cívicos que todos proclaman, para profundizar en el conocimiento de este bendito don Milani extraño y mal conocido. Encontrará esos motivos, a través del filtro —o mejor, gracias al filtro— de una testigo que, en la reconstrucción de sus propios recuerdos, procede con la seca mirada de una personalidad firme, dotada de gran autonomía y, por ello, no solo capaz de confrontarse con otra personalidad también imponente, sino de afrontarla, una vez aceptada su exclusividad. Así se explica que en semejante libro la persona objeto del mismo pueda ser calificada repetidamente con epítetos como *tonto* e *insoportable*.

Este confrontarse y enfrentarse no es nunca directo; lo es en raras ocasiones y sólo al final, quedando a salvo el sacramento de la confesión (Corradi se posiciona entre los “católicos practicantes, no los ‘comprometidos’”, p.23), y no concierne a la individualidad de cada uno. Es decir, no se da entre ellos lo que suele definirse como una “relación profunda”: “La relación entre don Lorenzo y yo —observa lúcidamente la autora— era, por el contrario, una relación en superficie; lo que no significa, naturalmente, que fuera superficial” (p.120). Es ese tipo de “superficie” en la que de hecho se desarrolla la vida misma y que, bien mirado, constituye la esencia de la primera carta de San Juan: una laboriosa atención —¡otra vez!— a los demás y a las situaciones, que evita rebuscamientos interiores (Milani: “A fuerza de exámenes de conciencia convierten en preocupación por sí mismos incluso el Cristianismo”, p.35). Por tanto, más que de profundidad, es preferible hablar de presencia y plenitud.

Siguiendo en esta línea, no sorprende que en Barbiana “tal vez se sufría, pero nunca nos aburríamos” (p.15), y se comprende

H
a
c
e
n

c
a
s
o



que don Lorenzo “no me dejaba en paz, me ponía en la paz” (p.45), y “encontraba siempre el camino para hacerme recuperar la paz. Siempre. Era liberador” (p.53). Y lo era, tal vez, precisamente por la fuerza de su estar presente en la realidad y por su plena humanidad, con todo lo que esto comporta; por eso “normalmente parecía feliz”, pero a veces “entraba la duda de que dentro hubiera también algo que no era felicidad” (p. 68). Quizás también su relación con Dios la llevaba “en superficie”, es decir, absolutamente enraizado en la situación que le había tocado vivir: decía de sí mismo, en efecto, que “rezaba demasiado poco: un *Padrenuestro* por la mañana y un *Ave María* por la noche” (p.56) y, por lo demás, “cuando hablaba de Dios en la intimidad, era como si hablase de una persona concreta, bien conocida, que todos saben quién es y de la que no es necesario ni decir su nombre” (p. 138-139). Anotación exquisitamente evangélica, como sobresa de la frase referida en este otro recuerdo:

“De pronto me dijo muy serio: “¡Usted no creerá que yo piense que la salvación de un

alma depende de mí! ¡Yo no pienso, desde luego, que yo pueda cambiar el mundo!”.

Quizás, entonces, era absurdo trabajar como dos desesperados por no perder ni un minuto de nuestras jornadas.

Me daba cuenta sin embargo, en aquel momento, de que la idea de ser dos “siervos inútiles” me daba alivio y alegría” (p.58).

La alusión a los “siervos inútiles” (Lucas 17,10) y la alegría que la acompaña explican también, a

mi parecer, la particular perspectiva que hace valioso este libro. Moribundo, un día don Milani dice a sus muchachos: “Vosotros habéis sabido incluso desaparecer cuando era necesario”. Tales palabras, Corradi afirma haberlas conservado como un agradecimiento destinado a ella, y comenta: “Así pues, se había dado cuenta de ello, que había buscado desaparecer” (p.127). Y, gracias a esta opción suya de vida, ahora está en condiciones de ofrecernos lo suyo; con “mirada atenta”, al estilo Weil y Milani. Una mirada aguda y serena, de la que es imposible no estarle agradecido.

No sé si don Lorenzo pensaría que Adele Corradi, venciendo su pereza, ha escrito finalmente una obra de arte (“¡Usted no escribe una obra de arte porque es perezosa!”, p.107). Yo pienso que ha escrito un libro digno de él o, por lo menos –tiene razón Beniamino Deidda, en el otro testimonio final– que a él le hubiera gustado. En todo caso, estoy seguro de que es un libro bellissimo: esencial, pulido, verdadero, discreto, cruel, conmovedor, divertido, profundo, ligero. Bellísimo.



El MEM en Calenzano en 1988 para el XXXº de Experiencias Pastorales: por la izq., Felipe, Ángel, Gerardo, Corzo, Adele, Cus, Higinio, Javi y Alfonso.



Historia de Adele, la profesora que siguió a Don Milani en la “buena batalla”

Oreste Pivetta

L'Unità 8.4.2012

(traducción de Alfonso Díez)



Adele Corradi es una profesora, ahora ya jubilada, casi nonagenaria, a la que hace cincuenta años le asignaron una cátedra en un instituto de Castelfiorentino, desde donde, poco después de su nombramiento en septiembre de 1963, subió por primera vez a Barbiana, siguiendo a una colega que de vez en cuando iba a encontrarse con don Milani. Entonces era una profesora —escribe de sí misma Adele Corradi— totalmente parecida a aquella otra a quien se dirigía la famosa *Carta a una maestra*. Desde aquel momento no volvió a ser más “aquella profesora”.

Al despedirla secamente tras la primera visita, a don Milani “se le escapó de la boca” (ella usa esta expresión y se imagina oír un susurro entre dientes): “vuelva”. Ella volvió. No esperó mucho. Dos días apenas. Volvería más y más veces después, hasta la muerte de don Milani, en junio de 1967 (con 44 años el cura de Barbiana lo mató un tumor), y desde la muerte de don Milani hasta que no se marcharon las últimas familias que habían resistido en aquel desierto montañoso, sin agua corriente, con una sola línea telefónica, con la energía eléctrica llegada un par de años antes y con aque-

lla escuela que llegaría a ser célebre, donde se enseñaba a los niños de los más pobres y olvidados una cultura que fuese emancipadora, libre, justa... “Los pobres —escribe don Milani en una carta citada por Adele Corradi— no necesitan a los señores. Los señores a los pobres pueden darles una sola cosa: la lengua; o sea, el medio de expresión. Ya saben ellos, los pobres, lo que deberán escribir cuando sepan escribir”.

Adele Corradi no había escrito nunca sobre Barbiana. Se negaba a escribir. A pesar, reconoce, de la mucha insistencia y asustada, quizá, por las miles de páginas que otros habían escrito. La bibliografía sobre don Milani es impresionante (sin contar sus cartas, formidable itinerario biográfico).

Acercándose a sus noventa años, Adele Corradi ha vivido una suerte de rectificación y ha comenzado a recordar y a

anotar. Conviene decir anotar, porque la narración no sigue un hilo conductor, sino fragmentos, momentos de vida, impresiones, breves diálogos, y el relato va por instantáneas, apretados capítulos, sólidos por la agudeza de las observaciones y por la precisión del lenguaje (uso apropiado de las palabras, dominar las palabras, incluso las más duras, también las palabras “prohibidas”, como enseñaba don Milani), sólidos por su total sinceridad y vitalidad.

De don Milani se da un retrato con gran cariño, pero sin reticencias, aferrando las asperezas, contradicciones, debilidades, evocando la humanidad y la sensibilidad de aquel singular sacerdote, “con la simple técnica de decir la verdad, sin mitificaciones ni énfasis”, apunta Beniamino Deidda, en uno de los dos testimonios (el otro es de Giorgio Pecorini) que cierran este librito bellissimo, entre



El curso de Adele y Marcello en la Casa-escuela Santiago Uno: 1977-78.



los más bellos de estos tiempos que me he encontrado.

Digo bellísimo por la calidad de la memoria y de la escritura, de una simplicidad punzante, por la evidencia de cada imagen al describir cada circunstancia en que don Milani, con una inteligencia que desconcierta nuestro sentido común, se hace generosa y totalmente maestro de sus alumnos, educador de los maleducados de nuestra sociedad y de nuestra escuela, abandonados por una y por otra, en una relación que es de aprendizaje continuo y recíproco. Subrayo el aprendizaje recíproco, porque obliga a aprender también a nuestra profesora dentro de aquella realidad que le resulta nueva y especial y que le sorprende hasta la eventualidad del rechazo, eventualidad desechada ante la fascinación de la inteligencia, jamás rendida a la evidencia y a la norma, de aquel cura solitario y aislado al servicio de los humildes, capaz de poner a la Iglesia y a la sociedad frente a sus macroscópicas contradicciones, por imperativo de justicia.

En los recuerdos y en las páginas de Adele aparecen

otros personajes, presentes o lejanos. Presentes como otra mujer, el ama de llaves Eda, la más cercana junto a Adele, o la madre de don Milani, o la “novia”, abandonada por seguir una vocación religiosa el joven rico burgués que quería dedicarse a la pintura. Presentes como otros sacerdotes, el padre Balducci, el intelectual, en vigorosa polémica, o Bruno Borghi, el cura obrero. Y al fondo Florencia, la ciudad del alcalde La Pira, la política, la curia, las jerarquías (y Florencia era además la ciudad del Isolotto y de don Enzo Mazzi [cura contestatario]). Adele Corradi cuenta cómo don Milani, obstinado, insistía en que el cardenal Florit subiese a Barbiana: no lo pedía por soberbia, sino simplemente porque, como él explicaba, si se quedaba en las estancias del arzobispado, el monseñor no entendería nada de lo que ocurría allí arriba.

En el recuerdo de todos, está, obviamente, la *Carta a una maestra*, que don Milani atribuyó siempre a sus escolares, que fue motivo de estímulo y espejo para una generación que pronto la abandonó eligiendo otro camino.

No sé cuánto tiempo seguirá presente entre los chicos de hoy (aparte del título, convertido en “símbolo” por sí mismo). Cierto que la enseñanza de don Milani, y de la *Carta*, hablan todavía una lengua actual.

Por ejemplo, sobre una cuestión aparentemente sólo “de iglesia”: el ejercicio de la oración. El cura de Barbiana, sin hipocresía, reconoce que se necesita rezar, pero con atención a las circunstancias y, por eso, cuidando de las urgencias: “Si había urgencia, había que actuar”. Adele no se convence: “...miraba afuera, hacia el Monte Àuto, a la casa del campesino que blasfemaba de rodillas (para que la blasfemia llegase mejor ‘allí arriba’)...”. Al final don Milani concluye: “Será urgente rezar cuando a todos les parezca importante obrar”. Obrar, hacer, contra la verborrea y la espera de ciertos intelectuales, la mayoría.

En su lecho de muerte don Milani revisa su “buena batalla” y confía a los supervivientes el futuro. De tanto discurso Adele Corradi recuerda solo pocas palabras: “Ahora os toca a vosotros”.

CARTA A UNA MAESTRA de las escuelas de tareas “Calasanz” (ETC)

Pepe Segalés (Méjico)

Mexicali 15 de mayo 2012, día del maestro

Estimada amiga: Hace unos días me preguntaste qué son las ETC, qué se necesita para ser maestra y te preguntabas si tendrías las cualidades para serlo y mostraste

tus ganas y tus dudas. Yo te preguntaba: ¿de veras quieres ser maestra? Hoy te respondo con una carta. Quiero que sepas que no la escribí yo. Te la han escrito muchos maes-

tros durante muchos años. En juntas, en clausuras, en festivales, en encuestas, en escritos, en pláticas, durante estos once años en los que yo estoy participando como maestro y



animador de las ETC, tus próximos compañeros y compañeras de “oficio” han compartido su experiencia, de qué les ha servido ser maestros, qué han aportado y recibido, también sus miedos, limitaciones y muchas preguntas.

De la experiencia de tus próximos compañeros nace este escrito [que puedes ver en la **www.amigosmilani.es**]. Es, pues, un escrito de muchos. Y pensando en escritos realizados por muchas personas, me vino el recuerdo de un gran maestro, Lorenzo Milani, sacerdote maestro que impulsó entre sus alumnos los “escritos colectivos” y que hace unos meses inspiró nuestra Semana Social.

Carta a una maestra es el título del escrito conjunto del maestro Don Milani y de

sus alumnos de la Escuela de Barbiana, allá en la Italia de la mitad del siglo pasado; carta que tanto cuestionó a la educación que se impartía en las escuelas oficiales y particulares y que propuso tantas cosas para transformarla. A él le debemos el título de estas letras que vas a leer y la inspiración, junto con otros pedagogos como Calasanz, Chinchachoma, Paulo Freire, Celestín Freinet etc. de mucho de lo que hacemos y deseáramos hacer.

Claro que este escrito está dirigido también a todos los maestros, a los que están ejerciendo actualmente para que se animen a continuar y a mejorar; a los que un día lo fueron para que se dejen envolver de nostalgia y como muestra de gratitud por su legado, y a quienes

como tú, tocan la puerta deseosos de vivir una experiencia inolvidable.

Leyendo esta CARTA encontrarás respuestas a muchas de tus preguntas. Descubrirás que también nosotros nos hacemos preguntas y no encontramos respuestas. Si le entras, nos podrás ayudar con tu experiencia y tu reflexión, y también con nuevas preguntas. Sólo así avanzamos. Y si algún día te vas, habrás aportado a los niños, a tus compañeros, a los padres de familia, a los vecinos y a ti misma un grano de arena en el edificio de la educación y de un mundo más hermoso. Y, gracias a ti, todos seremos algo mejores. Pepe. ■



SUSCRÍBETE A Educar(NOS). Nos resistimos a la publicidad y a las subvenciones.

Tus datos a: MEM C/ Santiago, 1. 37008 SALAMANCA • charro@amigosmilani.es • grupomilani@movistar.es • Tfno: 923 22 88 22 • 91 402 62 78

COLABORA y SUSCRÍBETE por 24 € (8 números 2 años). Socios del MEM: 36 € 2 años.

Educar(NOS)

D/Dña:

Domicilio: C.P.: Población:

Provincia: Tfno: E-mail:

Elige la forma de pago >

☐ Ingreso o transferencia a MEM 2104/0012/67/0000037408

☐ Giro postal a MEM, C/ Santiago 1, 37008 Salamanca

☐ Contra reembolso ☐ Pago domiciliado en tu Banco o Caja:

Titular: Banco / Caja:

Domicilio de la sucursal: C.P y Localidad:

Código de tu cuenta **Firma**

ENTIDAD	OFICINA	D.C.	Nº DE CUENTA

Si quieres que tus amigos reciban gratis algún número, dínoslo: charro@amigosmilani.es

D / Dña:

Domicilio: C.P.: Población:

LA LEALTAD DE LA ESCUELA PÚBLICA

ELENA SÁNCHEZ (M)

Ante tanto acoso contra la escuela pública y, de boca en boca, tantos juicios negativos contra quienes trabajamos en ella (“qué bien viven los profesores”, “cuántas vacaciones”, “tras un trabajo de por vida sin hacer nada”...) quiero comunicar a los lectores la parte más admirable de esta profesión que comparto con muchos.

Vaya por delante que conozco lo que se “cuece” porque soy Jefa de Estudios de un Instituto de Enseñanza Secundaria del centro de una gran ciudad: Madrid. Quiero contar hechos que ennoblecen nuestra profesión y de los que he sido testigo durante este curso tan difícil que ya toca a su fin.

He visto compañeros del Instituto que secundan la huelga y comunican a la Administración su nombre para que les descuenten de su nómina los haberes correspondientes,

pero imparten sus clases para que los chicos y chicas no pierdan un solo renglón del temario obligatorio.

Y he visto a profesores abnegados y entregados a su profesión que, de baja por alguna enfermedad seria, corrigen en mayo los exámenes de sus alumnos de 2º de bachillerato para que no se queden sin calificar en los días previos a la Prueba de Acceso a la Universidad. Nos envían las notas desde sus casas y, cuando no hay sustituto, unos y otros nos coordinamos para llevar y traer los exámenes, para enseñárselos a los chicos y para poder atender sus dudas. Que ninguno se quede desamparado y con la incertidumbre de qué pasará con su futuro. Son profesores que, a pesar de su grave situación personal, llaman para preguntar por un determinado alumno que les preocupa.

También he visto alumnos tan agradecidos a sus profesores que les envían mensajes de ánimo en esos momentos de enfermedad.

Viendo todo lo que ha ido pasando ante mí día a día y, a pesar de los avatares y de los cambios de rumbo que una y otra vez se producen en nuestras leyes educativas, y a pesar de los vaivenes en que nos vemos inmersos, creo que esta es una profesión **bella** (en el pleno sentido de la palabra), de **desvelos** y de **entrega**.

Creo que merece la pena encontrar entre todos el modo de dignificar la escuela pública, de dotarla del respeto que merece y de contar con los profesores mucho más para encarrilarla y llevarla a buen puerto.

Gracias a todos los profesores leales y fieles que se desviven por sus alumnos.

PROXIMA ASAMBLEA DE SOCIOS DEL GRUPO MILANI (MEM).

Será en Córdoba del 12 al 14 de octubre de 2012 (pendiente de fijar día, horario y sitio). Están convocados todos los socios e, invitados, todos los demás. Entre otros asuntos, un volcán: “¿Por qué nos es imposible vencer el fracaso escolar, a pesar de Barbiana?”

DOS JORNADAS-TALLER EN OCTUBRE de 2012

En Madrid (Instituto Superior de Pastoral, Pº Juan XXIII, 3). Inscripción gratuita.

► Sábado 6 de octubre (de 10 a 13,30): “**Qué dicen esos que está pasando? Leer periódicos con la gente. Escuela de Barbiana**”.

► Sábado 20 de octubre (de 10 a 13,30): “**¿Qué tenemos juntos que decir. Escritura colectiva. Escuela de Barbiana**”. Coordina José Luis Corzo.